Capítulo 2

Migración internacional antes de 1945

LAS MIGRACIONES posteriores a 1945 podrán ser nuevas en escala y alcance, pero los movimientos poblacionales en respuesta al crecimiento demográfico, el cambio climático, el desarrollo de la producción y el intercambio, han sido siempre parte de la historia humana. La guerra, la conquista, la formación de naciones y el surgimiento de estados e imperios han conllevado migraciones, tanto voluntarias como forzadas. La esclavitud y la deportación de gente de pueblos conquistados ha sido desde épocas tempranas una forma frecuente de migración laboral. Desde finales de la Edad Media, el desarrollo de los estados europeos y la colonización emprendida por ellos, del resto del mundo, dio un nuevo ímpetu a las migraciones internacionales de muchas clases.

En Europa occidental, "la migración fue una faceta importante y de larga duración de la vida social y de la economía política"; a partir de la década de 1650 en adelante, jugó un papel vital en la modernización y en la industrialización (Moch, 1995: 126; véase también Moch, 1992). El carácter central de la migración no se refleja adecuadamente en las visiones prevalecientes sobre el pasado: como ha señalado Gérard Noiriel (1988: 15-67), la historia de la inmigración ha sido un "punto ciego" de la investigación histórica en Francia. Esto se aplica de la misma manera a otros países europeos. La negación del papel de los inmigrantes en la construcción de la nación ha sido crucial para la creación de los mitos de homogeneidad nacional. Obviamente, esto era imposible en los países clásicos de inmigración como Estados Unidos. Es apenas en tiempos muy recientes que los historiadores franceses, alemanes y británicos han comenzado a hacer investigaciones serias acerca de la importancia de la inmigración. El recuadro 4 proporciona una ilustración del significado de la migración en los procesos tempranos de construcción nacional.

La libertad individual es representada como uno de los grandes logros morales del capitalismo, en contraste con sociedades anteriores donde la libertad se veía restringida por la esclavitud y la servidumbre. Los teóricos neoclásicos representan a la economía capitalista como fundamentada en los mercados li-

Recuadro 4
LA MIGRACIÓN Y LA NACIÓN EN LA HISTORIA FRANCESA

La antigua Galia abarcaba buena parte del área de la Francia moderna. En el momento del colapso del imperio romano de occidente, en el siglo V, estaba habitada de manera dispersa por pueblos cultural y políticamente diversos, que incluían ciudadanos romanos y soldados, esclavos, tribus germanas establecidas y otros recién llegados. Había múltiples centros de poder político. Los celtas del oeste de Gran Bretaña se trasladaron a través del canal de la Mancha a lo que en la actualidad es la Bretaña, para escapar de los sajones invasores. Estos celtas lucharon con el naciente Estado franco del que surgiría el reino francés medieval.

Los jinetes nórdicos entrarían a sembrar el desorden en el territorio franco; estableciéndose a partir del año 900 en el área llamada hoy Normandía. La expansión del Estado franco, además, su continuada incorporación de tierras y pueblos adyacentes fue un largo proceso; poco a poco surgieron la identidad y la conciencia francesas. Para la mayoría de los habitantes de la Francia medieval la vida se limitaba a la villa y sus entornos, pero había conciencia de un mundo exterior. Para los habitantes del Estado franco, los pueblos de Bretaña, Normandía y Languedoc, eran extranjeros.

Sin embargo, también hubo recién llegados: comerciantes y artistas de Italia, mercenarios, clero itinerante, intelectuales, músicos, esclavos musulmanes del norte de África, el este mediterráneo y España, al igual que judíos y gitanos. Los judíos vivían entremezclados con el resto de la población –parece que la mayoría hablaba los idiomas locales. Durante las cruzadas, los judíos se convirtieron en chivos expiatorios, víctimas de la violencia y la persecución. La segregación residencial vigilada –*ghettos*– se tornó cotidiana. En 1306, el rey francés Felipe "El Justo" ordenó la expulsión de los judíos, quienes para entonces eran ya cerca de 100,000 lo que le permitió hacerse de las propiedades judías. Pero en 1715, por consideraciones económicas, el rey Luis X se vio obligado a reabrirles las puertas. Fue sólo con la Revolución francesa de 1789 que los judíos lograron la igualdad legal como ciudadanos frente a la población cristiana. No obstante, algunas personas siguieron concibiendo a los judíos como extranjeros en la nación francesa. Incluso en la actualidad, la propaganda del Front National (FN) tiene marcados tintes antisemitas.

Los gitanos, llamados también romanos o cíngaros, son los descendientes de un pueblo que emigró del área de la actual India. Viajaban en grupos de 50 a 100, se distribuyeron a lo largo y ancho del reino, intercambiando sus mercancías. Pronto hubo manifestaciones de hostilidad hacia ellos. Las ciudades francesas como Angers los proscribieron en 1498; esto siguió pronto al edicto de Francisco I que les prohibía entrar a su reino. Los gitanos regresaron y se convirtieron en parte de la sociedad francesa, pero nunca fueron plenamente aceptados por algunas personas. Como los judíos, fueron seleccionados para el exterminio por parte de los nazis durante la Segunda Guerra Mundial. Las raíces del genocidio del siglo XX tenían alcances profundos en la historia de la in-

migración hacia los países europeos. Los judíos y los gitanos han sido quizá los blancos más duraderos del racismo europeo.

El siglo XV fue un parteaguas en el que surgieron los primeros estados modernos. Este sería el inicio de la era del descubrimiento en el que los europeos circunnavegaron el globo, con lo que comenzó un largo proceso por el cual el mundo quedaría eventualmente bajo el dominio europeo. Para el siglo XVIII, el "divino derecho de los reyes" había sido cuestionado. Las ideas que desataron la Revolución francesa en 1789 incluían el principio de la soberanía popular, el concepto del Estado-nación y la idea de que todo ser humano pertenece a un Estado. Estas ideas son particularmente significativas para nuestro tema: la migración internacional carecería de significado en un mundo que no estuviera organizado en Estado-nación. Uno de los atributos clave de la soberanía es la idea, ahora aceptada universalmente, de que los estados tienen autoridad para regular el movimiento hacia adentro y hacia afuera de su territorio. La inmigración ilegal se ha convertido en un tema tan políticamente volátil en la actualidad, en parte porque se le ve como una violación de las principales prerrogativas de los estados soberanos.

Fuente: Lequin (1988).

bres, incluido el mercado de mano de obra, en el que los patrones y trabajadores se encuentran en condición de sujetos legales libres, con derechos iguales para hacer contactos. La migración internacional es presentada como un mercado en el que los trabajadores deciden libremente moverse al área en la que recibirán el ingreso más alto (cfr. Borjas, 1990: 9-18). Pero con frecuencia esta imagen armoniosa no se ajusta a la realidad. Como muestra Cohen (1987), el capitalismo ha utilizado trabajadores libres y a los que no lo son, en cada una de las fases de su desarrollo. Es frecuente que los migrantes laborales no sean libres, sea porque hayan sido apresados a la fuerza para situarlos en donde se necesita su mano de obra, sea porque se les niegan los derechos básicos de que gozan otros trabajadores, y por lo tanto, no pueden competir bajo condiciones iguales. Incluso cuando la migración es voluntaria y carece de regulaciones, la discriminación institucional e informal pueden limitar la libertad e igualdad reales de los trabajadores involucrados.

Dado que el poder económico por lo general está vinculado con el poder político, la movilización de los trabajadores con frecuencia tiene un elemento de coerción, que a veces implica violencia, fuerza militar y control burocrático. Ejemplos de ello son la economía esclava de las Américas; el trabajo colonial obligado en Asia, África y las Américas, los mineros en África del sur en los siglos XIX y XX; los trabajadores extranjeros en Alemania y Francia antes de la Segunda Guerra Mundial; los trabajadores forzados en la eco-

nomía de guerra nazi; los "trabajadores huéspedes" en la Europa posterior a 1945 y los "ilegales" a los que se niega la protección de la ley en muchos países en la actualidad.

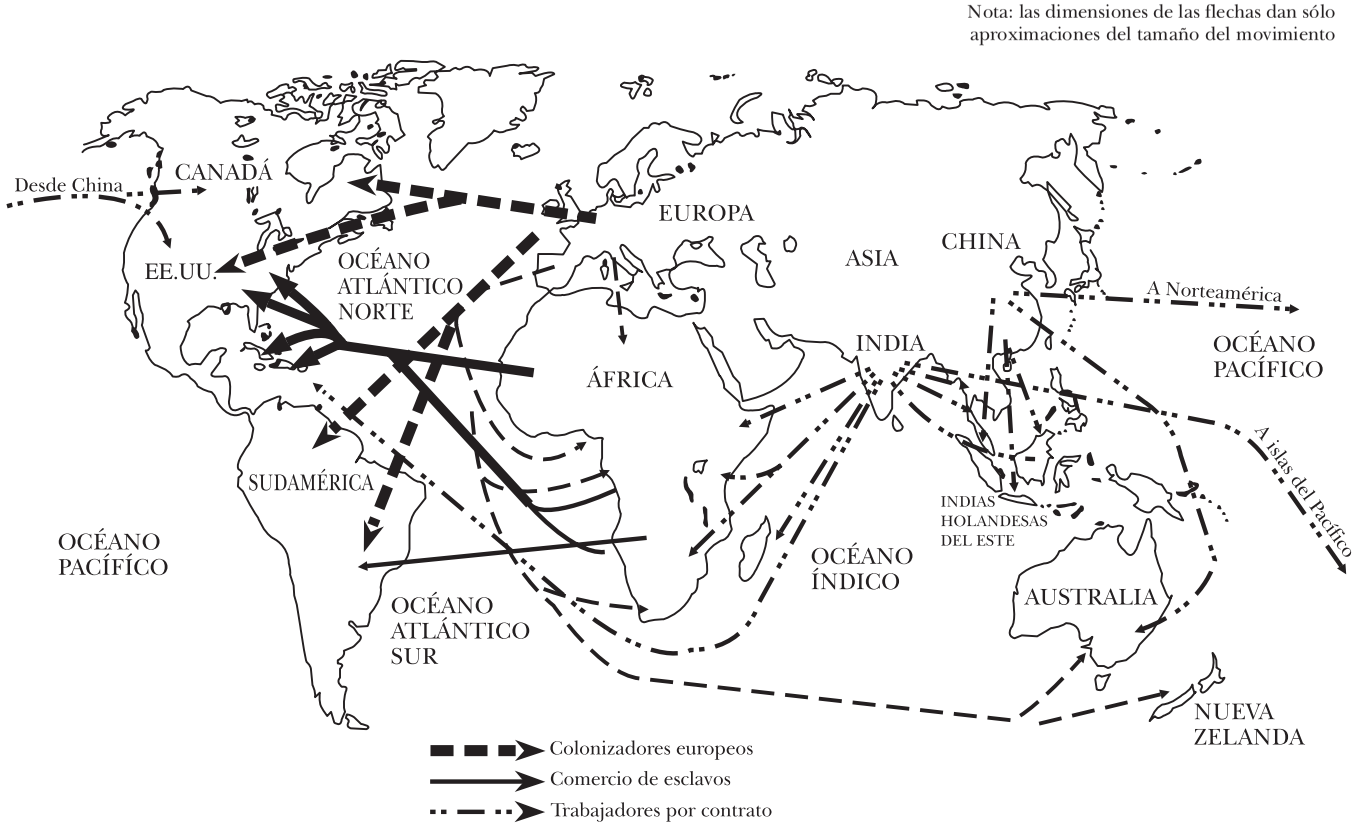
Un tema importante que no abordamos aquí, debido a que requiere un tratamiento más intensivo de lo que es posible en este trabajo, es el de los efectos devastadores de la migración internacional en los pueblos aborígenes de los países colonizados. La conquista europea de África, Asia, América y Oceanía tuvo como consecuencia la dominación y la explotación de los pueblos nativos, o el genocidio, tanto físico como cultural. La construcción de la nación –en particular en las Américas y Oceanía– se basó en la importación de nuevas poblaciones. De esa forma, la inmigración contribuyó a la exclusión y a la marginación de los pueblos aborígenes. Un punto de partida para la construcción de nuevas identidades nacionales fue idealizar que se destruyeran las sociedades indígenas: imágenes tales como "de qué manera se ganó el oeste" o la lucha de los pioneros australianos contra los aborígenes se convirtieron en mitos poderosos. Las raíces de los estereotipos racistas –dirigidos en la actualidad contra los nuevos grupos inmigrantes– se detectan con frecuencia en el tratamiento histórico de los pueblos colonizados. En nuestros días hay una creciente conciencia de que los modelos adecuados para las relaciones intergrupales tienen que abordar las necesidades de las poblaciones indígenas, así como las de los grupos inmigrantes.

Colonialismo

El colonialismo europeo dio lugar a diversos tipos de migración. Uno fue el gran movimiento de salida desde Europa, primero a África y Asia, luego a las Américas y más tarde a Oceanía. Los europeos migraron de manera permanente o temporal, como marineros, soldados, granjeros, comerciantes, sacerdotes y administradores. Algunos de ellos ya habían migrado dentro de Europa; Lucassen (1995) ha mostrado que en los siglos XVII y XVIII cerca de la mitad de los soldados y marineros de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales no eran holandeses, sino "transmigrantes", principalmente de áreas pobres de Alemania. La mortalidad de estos trabajadores migrantes a raíz de naufragios, guerras y enfermedades tropicales era muy alta, pero el servicio en las colonias, con frecuencia era el único modo de escapar de la pobreza. Estas migraciones de ultramar ayudaron a lograr cambios en las estructuras económicas y en las culturas tanto de los países europeos de origen como en las colonias.

Un antecedente importante de la moderna migración laboral es el sistema de esclavitud en el sentido de bienes muebles, que formó la base de la produc-

MAPA 2
MIGRACIONES COLONIALES DE LOS SIGLOS XVII AL XIX



ción de mercancías en las plantaciones y minas en el Nuevo Mundo desde finales del siglo XVII hasta mediados del XIX. La producción de azúcar, tabaco, café, algodón y oro, por parte de mano de obra esclava, era crítica para el poder económico y político de Gran Bretaña y Francia –los estados dominantes del siglo XVIII– jugó asimismo un papel de importancia para España, Portugal y Holanda. Para 1770 había cerca de 2.5 millones de esclavos en las Américas, que producían un tercio del valor total del comercio europeo (Blackburn, 1988: 5). El sistema de esclavos estaba organizado bajo el famoso "comercio triangular": barcos cargados con bienes manufacturados, entre armas e implementos domésticos, que zarpaban de puertos como Bristol y Liverpool, Burdeos y La Havra hacia las costas de África occidental. Los africanos eran sacados a la fuerza o comprados a cambio de bienes a los jefes o comerciantes locales. Luego los barcos zarpaban al Caribe o a las costas del norte o sur de América, en donde los esclavos se vendían en efectivo. Éste se utilizaba para comprar los productos de las plantaciones, que eran llevados a Europa para ser vendidos.

Se calcula que unos 15 millones de esclavos fueron llevados a las Américas antes de 1850 (Appleyard, 1991: 11). Para las mujeres, el trabajo duro de las minas, las plantaciones y los hogares iba acompañado de la explotación sexual. Los hijos de los esclavos se convertían en los bienes muebles de los dueños. En las colonias inglesas, la esclavitud no se abolió sino hasta 1834, en las colonias holandesas en 1863 y en los estados del sur de Estados Unidos en 1865 (Cohen, 1991: 9). A pesar de las rebeliones de esclavos y la abolición del tráfico del Atlántico por los grandes poderes entre 1807 y 1815, la esclavitud continuó creciendo en importancia económica. El número de esclavos en las Américas se duplicó de tres millones en 1800 a seis millones en 1860, con el correspondiente incremento en el área de agricultura de plantación en el sudeste de Estados Unidos, Cuba y Brasil (Blackburn, 1988: 544).

La esclavitud había existido en muchas sociedades precapitalistas pero el sistema colonial era de un carácter nuevo. Su fuerza motora era la emergencia de los imperios globales, los que comenzaron a construir un mercado mundial dominado por el capital mercantil. Los esclavos eran transportados a grandes distancias por comerciantes especializados, comprados y vendidos como mercancías. Eran una propiedad económica y estaban sujetos a duras formas de control para maximizar sus resultados. A la mayor parte se le explotaba en plantaciones que producían para la exportación, como parte de un sistema de agricultura y manufactura integrado internacionalmente (Fox-Genovese y Genovese, 1983; Blackburn, 1988).

En la segunda mitad del siglo XIX, los esclavos fueron reemplazados por trabajadores bajo contrato como la fuente principal de mano de obra en las

plantaciones. El contrato (o "sistema de peones") implicaba el reclutamiento de grandes grupos de trabajadores, en ocasiones por la fuerza, y su transporte a otra área para trabajar. Las autoridades coloniales británicas enganchaban trabajadores del subcontinente hindú para las plantaciones de Trinidad, Guyana y otros países del Caribe. Otros eran empleados en Malaya, África del este y Fiji en las plantaciones, las minas y la construcción del ferrocarril. Los británicos reclutaban también "peones" chinos para Malaya y otras colonias. En las Indias holandesas orientales las autoridades coloniales utilizaban mano de obra china en los proyectos de construcción. Hasta un millón de trabajadores bajo contrato se reclutaron en Japón, sobre todo para trabajar en Hawaii, Estados Unidos, Brasil y Perú (Shimpo, 1995).

Según Potts (1990: 63-103), los trabajadores bajo contrato se utilizaron en 40 países por parte de todos los poderes coloniales. Calcula que el sistema incluyó de 12 a 37 millones entre 1834 y 1941, cuando se abolió finalmente esta forma de trabajo "contratado" en las colonias holandesas. Los trabajadores bajo contrato estaban obligados por estrictos contratos de trabajo durante periodos de varios años. Los salarios y las condiciones por lo general eran muy precarios, estaban sujetos a una rígida disciplina y las faltas en el contrato se castigaban severamente. Con frecuencia, para los patrones, los trabajadores bajo contrato resultaban más baratos que los esclavos (Cohen, 1991: 9-11). Por otro lado, el trabajo de ultramar ofrecía una oportunidad de escapar de la pobreza y situaciones represivas, como el sistema de castas de la India. En África del este, el Caribe, Fiji y otros lugares, donde podían obtener tierras o establecer negocios, muchos trabajadores se establecieron como colonos libres (Cohen, 1995: 46).

El trabajo contratado constituía el epítome del principio de divide y gobierna; gran cantidad de conflictos poscoloniales (por ejemplo, la hostilidad contra los hindúes en África y Fiji y contra los chinos en el sudeste asiático) echa raíces en tales divisiones. La experiencia caribeña muestra el efecto de las cambiantes prácticas de trabajo coloniales en los pueblos dominados, los habitantes originales, caribes y arawaks fueron exterminados completamente por las enfermedades y la violencia. Con el desarrollo de la industria azucarera en el siglo XVIII, a los africanos se llevaron como esclavos. Después de la emancipación en el siglo XIX, éstos, por lo general, se convirtieron en pequeños agricultores de subsistencia y fueron reemplazados por trabajadores bajo contrato provenientes de la India. Al terminar sus contratos, muchos hindúes se establecieron en el Caribe y trajeron a su dependientes. Algunos siguieron trabajando en las grandes propiedades, mientras que otros se establecieron como una clase mercante, mediando entre la clase blanca gobernante y la mayoría negra.

Industrialización y migración hacia América del norte y Australia antes de 1914

La riqueza acumulada por la explotación colonial en Europa occidental, aportó gran parte del capital que desataría las revoluciones industriales de los siglos XVIII y XIX. En Gran Bretaña, las ganancias de las colonias se invirtieron en nuevas formas de manufactura, así como para estimular la producción agrícola comercial y agilizar la delimitación de la tierra arable para los pastizales. Los jornaleros con tierra que eran desplazados, engrosaron las masas urbanas empobrecidas que estaban disponibles como mano de obra para las nuevas fábricas. A esta clase emergente de trabajadores asalariados pronto habrían de unírsele los artesanos desposeídos, como los tejedores manuales, que habían perdido su forma de vida ante la competencia de manufacturas recientes. Aquí se encuentra el fundamento de la nueva clase, que sería de importancia para la economía industrial británica: el "proletariado libre", exento ya de los lazos tradicionales, pero también de la propiedad de los medios de producción.

Ahora bien, desde un principio, el trabajo no libre jugó un importante papel. A lo largo y ancho de Europa, se aprobaron draconianas leyes de pobres para controlar a los agricultores y artesanos desplazados, a las "hordas de pordioseros" que amenazaban el orden público. Los talleres domésticos y los albergues de pobres, con frecuencia eran las primeras formas de manufactura donde los instrumentos disciplinarios del futuro sistema de fábricas habrían de desarrollarse y ponerse a prueba. En Gran Bretaña, los "aprendices de parroquia", niños huérfanos bajo el cuidado de las autoridades locales, eran contratados por las fábricas como una forma de trabajo no calificado. Ésta era una clase de trabajo forzado que conllevaba severos castigos por insubordinación negativa a trabajar.

El periodo de migración británica hacia América: entre 1800 y 1860, constituyó la cima de la Revolución Industrial; el 66 por ciento de los migrantes a Estados Unidos provenían de Gran Bretaña y un 22 por ciento adicional de Alemania. Entre 1800 y 1930, 40 millones de europeos migraron de forma permanente al extranjero, sobre todo a Norteamérica, Sudamérica y Australia (Decloîtres, 1967: 22). Entre 1850 y 1914, la mayoría de los migrantes provenía de Irlanda, Italia, España y Europa del este, áreas donde la industrialización llegaría más tarde. América ofrecía el sueño de convertirse en agricultor o comerciante independiente en las nuevas tierras de oportunidad. A menudo este sueño se veía frustrado: los migrantes se convertían en trabajadores asalariados, "cowboys", gauchos o arrieros en los grandes ranchos, construían caminos y tendían las vías del ferrocarril a través de las vastas extensiones del nuevo mundo, o en trabajadores fabriles en las emergentes industrias del noreste de Estados Unidos. No obstante, muchos colonizadores eventualmente realizaron su sueño al

convertirse en agricultores, burócratas o gente de negocios, mientras que otros al menos fueron capaces de ver que sus hijos accedieran a la educación y lograran una movilidad ascendente.

Por lo general Estados Unidos es visto como el más importante de los países de inmigración. Se calcula que 54 millones de personas entraron entre 1820 y 1987 (Borjas, 1990: 3). El máximo periodo fue entre 1861 y 1920, durante el cual entraron 30 millones de personas. Hasta la década de 1880, la migración carecía de regulación: cualquiera que pudiera pagar el pasaje oceánico sería capaz de buscar una nueva vida en América. No obstante, los patrones estadounidenses organizaban campañas para atraer trabajadores potenciales y multitud de agencias y compañías navieras ayudaban a organizar el traslado. Muchos de los migrantes eran jóvenes varones solteros que esperaban ahorrar lo suficiente para regresar a casa y establecer una familia. Pero también había mujeres solteras, matrimonios y familias. Las campañas racistas trajeron como resultado leyes de exclusión para mantener fuera a los chinos y otros asiáticos a partir de la década de 1880. Para los europeos y latinoamericanos, la entrada era libre hasta 1920 (Borjas, 1990: 27). El censo de ese año muestra que en Estados Unidos había 13.9 millones de personas nacidas en el extranjero y conformaban el 13.2 por ciento de población total (Briggs, 1984: 77).

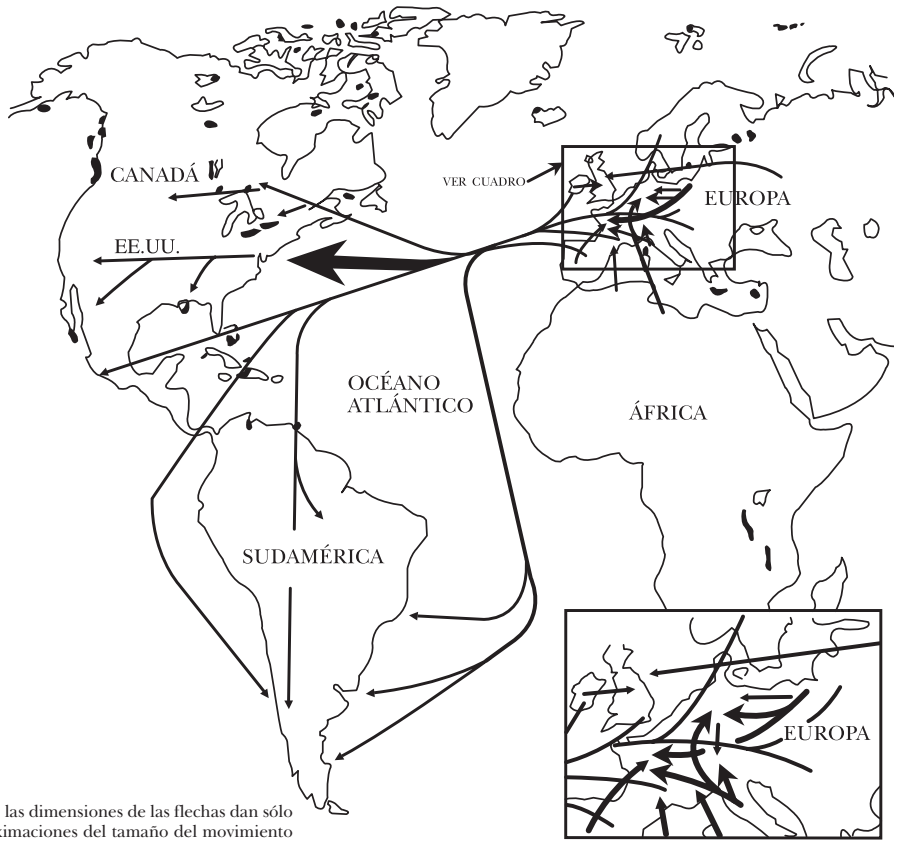
En los inicios de Estados Unidos, la esclavitud había sido una fuente muy importante de acumulación de capital, pero el despegue industrial después de la Guerra Civil (1861-1865) se vio alimentado por la inmigración masiva proveniente de Europa. Al mismo tiempo, el sistema racista conocido como "Jim Crow" se utilizó para mantener a los afroamericanos, hoy nominalmente libres, en las plantaciones en los estados del sur, pues el algodón barato y otros productos agrícolas eran cruciales para la industrialización. Los mayores grupos de inmigrantes entre 1860 y 1920 fueron irlandeses, italianos y judíos de Europa del este, pero hubo gente de casi todos los otros países europeos, al igual que de México. Los patrones de establecimiento estaban estrechamente ligados con la economía industrial emergente. El reclutamiento de mano de obra por las compañías ferrocarrileras y pluviales llevó al establecimiento de los irlandeses y los italianos junto a las rutas de construcción. Algunos grupos de irlandeses, italianos y judíos se establecieron en los puertos de llegada de la costa este, donde había oferta de trabajo en la construcción, el transporte y en fábricas. Lo mismo puede decirse de los chinos en la costa oeste. Algunos grupos de Europa central y del este se concentraron en el medio oeste, mientras que el desarrollo de la industria pesada, en el cambio de siglo, significó oportunidades laborales (Portes y Rumbaut, 1996: 29-32). La clase trabajadora de Estados Unidos se desarrolló así a través de procesos de migración en cadena, lo que condujo a patrones de segmentación étnica.

Después de la Revolución americana, Canadá recibió a muchas personas de origen británico que permanecían leales a la Corona. Desde finales del siglo XVIII, hubo inmigración proveniente de Gran Bretaña, Francia, Alemania y otros países de Europa septentrional. Muchos afroamericanos cruzaron la larga frontera provenientes de Estados Unidos, para escapar de la esclavitud: en 1860, había unas 40,000 personas negras en Canadá. En el siglo XIX, la inmigración se vio estimulada por la fiebre del oro, mientras que los inmigrantes rurales eran estimulados a establecerse en las vastas praderas. Entre 1871 y 1931, la población de Canadá se incrementó de 3.6 a 10.3 millones. La inmigración de China, Japón e India comenzó también a finales del siglo XIX. Los chinos llegaron a la costa oeste, en particular a Columbia Británica, donde ayudaron a construir el ferrocarril canadiense del Pacífico. A partir de 1886 se aprobó una serie de medidas para detener la inmigración asiática (Kubat, 1987: 229-235). Canadá recibió un gran flujo proveniente de Europa del sur y del este entre 1895 y 1914. En 1931 se establecieron cuatro clases favoritas de inmigrantes: súbditos británicos con medios financieros adecuados, provenientes del Reino Unido, Irlanda y otros cuatro dominios territoriales de la Corona; ciudadanos estadounidenses; dependientes de residentes permanentes de Canadá; y agricultores. Canadá desalentó la migración proveniente del sur y el este de Europa, mientras que la inmigración asiática se prohibió entre 1923 y 1947.

Para Australia, la inmigración ha sido un factor crítico en el desarrollo económico y la construcción de la nación desde que comenzó la colonización británica en 1788. Las colonias australianas se integraron en el Imperio británico en calidad de proveedoras de materias primas como lana, trigo y oro. El estado imperial adoptó un papel activo al aportar trabajadores que favorecieran la expansión a través del transporte de convictos (otra forma de trabajo forzado) y la promoción de colonización gratuita. Inicialmente había grandes excedentes de varones, en especial en las áreas de frontera, donde eran frecuentes las sociedades de "hombres sin mujeres". Pero muchas convictas acabaron siendo transportadas ahí, e incluso hubo planes especiales para llevar mujeres solteras como trabajadoras domésticas y como esposas para los colonos.

Cuando la población excedente de Gran Bretaña no fue suficiente para las necesidades laborales de mediados del siglo XIX, Gran Bretaña apoyó a los patrones australianos en su demanda de mano de obra barata de otras partes del imperio: China, India y las islas del sur del Pacífico. Los intereses económicos de Gran Bretaña entraron en conflicto con las demandas del naciente movimiento obrero australiano. El clamor por sueldos decentes empezó a formularse en términos racistas (y sexistas), como una exigencia de sueldos "adecuados para hombres blancos". La hostilidad hacia los chinos y otros trabajadores asiáticos se tornó violenta. Las fronteras de exclusión de la emergente nación aus-

MAPA 3
MIGRACIONES LABORALES RELACIONADAS
CON LA INDUSTRIALIZACIÓN, 1850-1920



Nota: las dimensiones de las flechas dan sólo aproximaciones del tamaño del movimiento

traliana se establecieron sobre líneas raciales y uno de los primeros decretos del nuevo parlamento federal en 1901 fue la introducción de la política de una Australia blanca (véase De Lepervanche, 1975).

Migración laboral dentro de Europa

En Europa, la migración a ultramar e intraeuropea se dieron al mismo tiempo. De los 15 millones de italianos que emigraron entre 1876 y 1920, casi la mitad (6.8 millones) se trasladó a otros países europeos (sobre todo Francia, Suiza y Alemania: véase Cinanni, 1968: 29). Mientras que los europeos occidentales iban a ultramar en un intento (con frecuencia vano) por escapar de la proleta-

rización, los trabajadores de áreas periféricas como Polonia, Irlanda e Italia, eran atraídos como mano de obra de reemplazo en la industria y la agricultura a gran escala.

Como el primer país industrial, Gran Bretaña experimentó antes que los demás la inmigración laboral a gran escala; las nuevas ciudades fabriles pronto absorbieron los excesos de mano de obra provenientes del campo. Las atroces condiciones de trabajo y de vida tuvieron como consecuencia mala salud, alta mortalidad infantil y una baja expectativa de vida. Los bajos niveles salariales obligaron a trabajar a las mujeres y a los niños, con desastrosas consecuencias para la familia. El incremento natural en la población fue inadecuado para cubrir las necesidades laborales, de modo que Irlanda, la más cercana colonia de Gran Bretaña, se convirtió en fuente de mano de obra. La devastación de la agricultura campesina irlandesa por ausencia de los terratenientes y por las demarcaciones, se conjugó con la ruina de la industria doméstica por la competencia británica, para resultar en una extendida pobreza. Las hambrunas de 1822 y 1846-1847 desataron las migraciones masivas hacia Gran Bretaña, Estados Unidos y Australia.

Para 1851, había más de 700,000 irlandeses en Gran Bretaña, era un 3 por ciento de la población de Inglaterra y Gales y el 7 por ciento de Escocia (Jackson, 1963). Se concentraban en las ciudades industriales, de manera especial en las fábricas textiles y en ocupaciones de la construcción. Los "navis" irlandeses (un término coloquial derivado de "navegantes") cavaron los canales británicos y construyeron sus ferrocarriles. Engels (1962) describió la impactante situación de los trabajadores irlandeses; afirmaba que la inmigración irlandesa constituía una amenaza para los salarios y las condiciones de vida de los trabajadores ingleses (véase también Castles y Kosack, 1973: 16-17). La hostilidad y la discriminación contra los irlandeses eran marcadas todavía entrado el siglo XX. Esto resultaba cierto también para Australia, donde la inmigración irlandesa acompañó la colonización británica desde el principio. En ambos países el papel activo de los trabajadores irlandeses en el movimiento obrero fue lo que finalmente habría de superar la división en la clase trabajadora, para ser reemplazada casi de inmediato por las nuevas divisiones después de 1945, cuando llegaron a Gran Bretaña los trabajadores negros y a Australia los europeos provenientes del sur.

La siguiente migración importante a Gran Bretaña fue entre 1875 y 1914, en que 120,000 judíos llegaron como refugiados a partir de los pogromos de Rusia. La mayoría se estableció inicialmente en el *East End* de Londres, donde muchos se emplearon como trabajadores en la industria del vestido. La colonización judía se convirtió en el centro de las campañas racistas, lo que condujo a la primera legislación restrictiva de la inmigración: el Acta de Extranjeros de

1905 y el Acta de Restricción de Extranjeros de 1914 (Foot, 1965; Garrard, 1971). La experiencia judía de movilidad social se presenta a menudo como ejemplo del éxito del migrante. Muchos de los miembros de la primera generación se las arreglaron para dejar el empleo asalariado y convertirse en pequeños empresarios en el comercio de textiles o el sector detallista. Pusieron gran énfasis en la educación de sus hijos. Muchos de los miembros de la segunda generación lograron ascender al empleo en los negocios o en la burocracia, preparando el camino para las carreras profesionales de la tercera generación. Es interesante que uno de los grupos inmigrantes más recientes de Gran Bretaña –los bengalíes de Bangladesh– vivan ahora en las mismas áreas del *East End*, por lo general trabajando en los mismos talleres y orando en los mismos edificios (las sinagogas se convirtieron en mezquitas). No obstante, están aislados por el racismo y la violencia, muestran, además, pocos indicios de seguir la trayectoria de los judíos. Parece que el racismo británico actual es más rígido que el de hace un siglo.

Los trabajadores migrantes irlandeses y judíos no pueden ser clasificados como "trabajadores no libres". Los irlandeses eran súbditos británicos, con los mismos derechos formales que los otros trabajadores, mientras que los judíos rápidamente se convirtieron en súbditos británicos. Las limitaciones en su libertad dentro del mercado laboral no eran legales sino económicas (la pobreza y la falta de recursos los obligaban a aceptar trabajos y condiciones inferiores) y sociales (la discriminación y el racismo restringían su libertad de movimientos). En Alemania y Francia es donde se encuentra el primer uso a gran escala del estatus de "extranjero" para restringir los derechos de los trabajadores.

Las industrias pesadas del Ruhr, que surgieron a mediados del siglo XIX, atrajeron a los trabajadores agrícolas que antes estaban en las grandes extensiones de Prusia oriental. Las condiciones en las minas eran duras, pero aun así preferibles a la opresión semifeudal bajo los *junkers* (grandes propietarios de tierras). Los trabajadores que se trasladaban al oeste tenían antecedentes polacos aunque eran poseedores de la ciudadanía prusiana (y más tarde alemana), ya que Polonia en ese entonces estaba dividida entre Prusia, el Imperio austrohúngaro y Rusia. Para 1913, se calcula que 164,000 de los 410,000 mineros del Ruhr tenían antecedentes polacos (Stirn, 1964: 27). Los *junkers* compensaban la escasez resultante de mano de obra a través del reclutamiento de "polacos extranjeros" y ucranianos como trabajadores agrícolas. Con frecuencia los trabajadores eran reclutados en parejas –un hombre como cortador y una mujer como cosechadora– lo que llevaba a los llamados "matrimonios de cosecha". No obstante, existía temor de que el establecimiento de los polacos pudiera debilitar el control alemán de las provincias orientales. En 1885, el gobierno pru-

siano deportó a 40,000 polacos y cerró la frontera. Los terratenientes protestaron al perder hasta dos tercios de su fuerza de trabajo (Dohse, 1981: 29-32), argumentando que esto amenazaba su supervivencia económica.

Para 1890, se estableció un acuerdo entre los intereses políticos y económicos bajo la forma de un sistema de control rígido. Los "polacos extranjeros" eran reclutados tan sólo como trabajadores temporales, no se les permitía que trajeran a sus parientes y eran obligados a abandonar el territorio alemán durante varios meses cada año. Al principio se les restringía al trabajo agrícola, pero más tarde se permitió que tomaran trabajos industriales en Silesia y Turingia (pero no en áreas occidentales como el Ruhr). Sus contratos de trabajo especificaban pagos y condiciones inferiores que las disponibles para los trabajadores alemanes. Se establecieron secciones policiacas especiales para lidiar con la "violación de los contratos" (esto es, trabajadores que dejaran el puesto para ir a trabajos mejor pagados) a través del regreso forzado de los trabajadores con sus patrones, prisión o deportación. De ahí que las medidas policiacas contra los extranjeros fueran utilizadas deliberadamente como un método para mantener bajos los salarios y crear un mercado de trabajo dividido (Dohse, 1981: 33-83).

El trabajo de los extranjeros desempeñó un papel importante en la industrialización alemana, se encontraban italianos, belgas y holandeses junto a los polacos. En 1907, había 950,000 trabajadores extranjeros en el Reich alemán, de los que cerca de 300,000 desempeñaban su trabajo en la agricultura, 500,000 en la industria y 86,000 en el comercio y el transporte (Dohse, 1981: 50). Las autoridades hacían sus mejores esfuerzos por evitar la reunificación familiar y el establecimiento definitivo. De hecho los dos fenómenos se suscitaban, pero no queda claro con exactitud hasta qué grado. El sistema que se desarrolló para controlar y explotar la mano de obra extranjera fue precursor del trabajo forzado en la economía de guerra de la Alemania nazi y del "sistema de trabajadores huéspedes" de la República Federal de Alemania desde alrededor de 1955.

La cantidad de extranjeros en Francia se incrementó en forma rápida de 381,000 en 1851 (1.1 por ciento de la población total) a un millón (2.7 por ciento) en 1881 y luego más lentamente hasta alcanzar 1'200,000 (3.1 por ciento) en 1911 (Weil, 1991b: apéndice, tabla 4). La mayor parte era de los países vecinos: Italia, Bélgica, Alemania y Suiza, más tarde de España y Portugal. Los movimientos eran relativamente espontáneos, aunque había ciertas actividades de reclutamiento por parte de las minas y las asociaciones de agricultores (Cross, 1983: capítulo 2). Los trabajadores extranjeros eran sobre todo varones que realizaban trabajos manuales no calificados en la agricultura, en las minas y en los talleres del acero (los trabajos pesados, desagradables, que los trabajadores franceses no estaban dispuestos a realizar).

La peculiaridad del caso francés se encuentra en las razones para la escasez de mano de obra durante la industrialización. Las tasas de nacimientos se redujeron marcadamente después de 1860. Los campesinos, los tenderos y los artesanos seguían prácticas de control de la natalidad "maltusianas", lo que llevó a familias pequeñas antes que en cualquier otro lugar (Cross, 1983: 5-7). Según Noiriel (1988: 297-312) esta *grève des ventres* (huelga de vientres) estaba motivada por la resistencia a la proletarización. Conservar una familia pequeña significaba que la propiedad podría pasarse intacta de una generación a la siguiente y que habría suficientes recursos para permitir a los hijos una educación decente. A diferencia de Gran Bretaña y Alemania, Francia fue testigo, por ende, de relativamente poca emigración a ultramar durante la industrialización. La única excepción importante la constituyó el movimiento de colonos hacia Argelia, país al que Francia invadió en 1830. La migración rural-urbana también se vio bastante limitada. Se desarrolló el "trabajador campesino": granjero pequeño que complementaba la agricultura de subsistencia con trabajo esporádico en las industrias locales. Cuando la gente dejaba el campo era frecuente que lo hiciera para trasladarse directamente hacia los nuevos cargos del gobierno que proliferaron a finales del siglo XIX: directo del sector primario al terciario.

En estas circunstancias, el cambio de las pequeñas empresas a las de gran escala que se convirtió en una necesidad por la competencia internacional a partir de la década de 1880, sólo podía realizarse a través de emplear a trabajadores extranjeros. De ahí que la inmigración laboral desempeñara un papel vital en la emergencia de la industria moderna y en la constitución de la clase trabajadora en Francia. La inmigración era vista también como algo importante por razones militares. La ley de nacionalidad de 1889 fue diseñada para convertir en conscriptos a los inmigrantes y sus hijos, con miras al inminente conflicto con Alemania (Schnapper, 1994: 66). Desde mediados del siglo XIX hasta el presente, el mercado laboral ha sido alimentado con regularidad por la inmigración extranjera, colaborando con un promedio del 10 al 15 por ciento de la clase trabajadora. Noiriel calcula que sin la inmigración la población francesa actual sería de tan sólo 35 millones en vez de más de 50 (Noiriel, 1988: 308-318).

El periodo entre guerras

Al inicio de la Primera Guerra Mundial, muchos migrantes retornaron a sus terruños para participar en el servicio militar o la producción de municiones. Sin embargo, pronto se suscitó escasez de mano de obra en los países beligerantes. Las autoridades alemanas evitaron que los "polacos extranjeros" dejaran el país; enrolaron mano de obra por la fuerza en las áreas ocupadas de Rusia y

Bélgica (Dohse, 1981: 77-81). El gobierno francés estableció sistemas de reclutamiento para los trabajadores provenientes de colonias del norte de África, Indochina y China (casi 225,000 en total). Eran alojados en barracas, se les pagaban sueldos mínimos y los supervisaban antiguos inspectores coloniales. También en Portugal, España, Italia y Grecia se reclutaban trabajadores para las fábricas y la agricultura francesas (Cross, 1983: 34-42). Gran Bretaña reclutó a su vez trabajadores coloniales durante el conflicto, aunque en menores cantidades. Todos los países beligerantes utilizaron el trabajo forzado de los prisioneros de guerra.

El periodo entre 1918 y 1945 fue de menor migración laboral internacional. Esto se debió en parte al estancamiento, la crisis de carácter económico y en parte a la creciente hostilidad en muchos países hacia los inmigrantes. La migración a Australia, por ejemplo, decayó a niveles bajos ya desde 1891, y no creció de manera sustancial sino hasta después de 1945. Los europeos meridionales que llegaron a Australia en la década de 1920 eran tratados con cierta suspicacia. A los barcos de inmigrantes se les negaba el permiso para entrar a puerto y hubo rebeliones "anti-Dago" en los años treinta. Queensland estableció leyes especiales que prohibían a los extranjeros poseer tierras y los restringían a ciertas industrias (De Lepervanche, 1975).

En Estados Unidos, los grupos "nativistas" afirmaban que los europeos provenientes del sur y el este de Europa eran "inasimilables" y representaban una amenaza tanto para el orden público como para los valores americanos. El Congreso estableció una serie de leyes en la década de 1920, diseñada para limitar drásticamente los ingresos de cualquier área del planeta, a excepción de Europa noroccidental (Borjas, 1990: 28-29). Este sistema de cuotas según los orígenes nacionales, detuvo la inmigración a gran escala hasta los años sesenta. Pero las nuevas industrias de producción masiva de la era fordista habrían de sustituir la fuerza laboral que se encontraba a mano: los trabajadores negros del sur. El periodo que va más o menos de 1914 a 1950 fue el de la "gran migración", en la que los afroamericanos huyeron de la segregación y la explotación en los estados del sur para acceder a mejores salarios y –esperaban– derechos iguales en el noreste, el medio oeste y el oeste. Con frecuencia simplemente se encontraron con nuevas formas de segregación en los guetos de Nueva York o Chicago y nuevas formas de discriminación, como la exclusión de los sindicatos de la Federación Obrera Americana (American Federation of Labor).

Mientras tanto, se lanzaron campañas de americanización para asegurar que los inmigrantes aprendieran inglés y se hicieran ciudadanos estadounidenses leales. Durante la gran depresión, los inmigrantes mexicanos fueron repatriados por los gobiernos locales y las organizaciones cívicas, con cierta

cooperación de ambos gobiernos (Kiser y Kiser, 1979: 33-66). Muchos de los cerca de medio millón de mexicanos que regresaron a su terruño fueron obligados a irse, mientras que otros lo hicieron porque no había trabajo. En estas circunstancias, poco se hizo para ayudar a los judíos que huían del ascenso de Hitler. No existía el concepto de refugiados en la ley estadounidense y era difícil encontrar apoyo para su admisión, cuando millones de ciudadanos estadounidenses estaban desempleados. El antisemitismo también fue un factor de peso y nunca hubo un buen prospecto para que grandes cantidades de judíos europeos encontraran un lugar seguro antes de la Segunda Guerra Mundial.

Francia fue el único país de Europa occidental que experimentó una inmigración sustancial en los años de entreguerras. El "déficit demográfico" se había exacerbado por las pérdidas de la guerra: 1'400,000 de hombres habían muerto y 1'500,000 habían quedado discapacitados permanentemente (Prost, 1966: 538). No hubo retorno a las políticas de traslados libres previas a la guerra; en cambio, gobiernos y patrones refinaron los sistemas de mano de obra extranjera establecidos durante la guerra. Se implementaron acuerdos de reclutamiento con Polonia, Italia y Checoslovaquia. Gran parte del reclutamiento estuvo organizado por la Société Générale d'Immigration (SGI), un organismo privado establecido por los intereses agrícolas y mineros. Los trabajadores extranjeros eran controlados a través de un sistema de tarjetas de identidad y contratos de trabajo; eran canalizados hacia la agricultura, la construcción y la industria pesada. El movimiento sindical no comunista cooperó con la inmigración a cambio de medidas diseñadas para proteger a los trabajadores franceses del desplazamiento y el corte salarial (Cross, 1983: 51-63; Weil, 1991b: 24-27).

Poco menos de dos millones de trabajadores extranjeros entraron a Francia entre 1920 y 1930, unos 567,000 reclutados por la SGI (Cross, 1983: 60). Se calcula que un 75 por ciento del crecimiento de la población francesa entre 1921 y 1931 fue consecuencia de la inmigración (Decloîtres, 1967: 23). En vista del gran superávit femenino en Francia, se reclutaron principalmente hombres y se realizó un monto considerable de matrimonios mixtos. Para 1931, había 2'700,000 extranjeros en Francia (6.6 por ciento de la población total). El grupo más grande era de italianos (808,000), seguido por polacos (508,000), españoles (352,000) y belgas (254,000) (Weil, 1991b: apéndice, tabla 4). La migración del norte de África a Francia también se desarrolló. Grandes colonias de italianos y polacos surgieron en los pueblos mineros y de industria pesada en el norte y el este de Francia: en algunos pueblos, los extranjeros alcanzaban un tercio o más de la población total. Había colonias agrícolas españolas e italianas en el sudeste.

En la depresión de la década de 1930 se incrementó la hostilidad hacia los extranjeros, lo que condujo a una política de discriminación a favor de los

trabajadores franceses. En 1932 se fijaron cuotas máximas para los trabajadores extranjeros en las firmas. Fueron seguidas por leyes que permitían el despido de los trabajadores extranjeros en los sectores en los que hubiera desempleo. En consecuencia muchos migrantes fueron despojados y deportados; para 1936 la población extranjera disminuyó en medio millón (Weil, 1991b: 27-30). Cross concluye que en la década de los veinte los trabajadores extranjeros "aportaban una fuerza de trabajo barata y flexible, que era necesaria para la acumulación de capital, así como del crecimiento económico; al mismo tiempo, los extranjeros permitían al trabajador francés un cierto grado de movilidad económica. En la década de 1930, por otro lado, la inmigración "se atenuó y facilitó un chivo expiatorio para la crisis económica" (Cross, 1983: 218).

En Alemania, la República de Weimar, agobiada por la crisis, tenía poca necesidad de trabajadores extranjeros: para 1932 su cifra se había reducido a unos 100,000, en comparación con casi el millón de 1907 (Dohse, 1981: 112). No obstante, se desarrolló un nuevo sistema de regulación de la mano de obra extranjera. Sus principios eran: estricto control estatal del reclutamiento laboral, preferencia en el empleo para los nacionales, sanciones en contra de quienes emplearan migrantes ilegales y poder policial irrestricto para deportar a los extranjeros no deseados (Dohse, 1981: 114-117). Este sistema era atribuible en parte a la influencia del poderoso movimiento obrero que deseaba medidas de protección para los trabajadores alemanes, pero confirmaba la débil posición legal de los trabajadores migrantes. El recuadro 5 describe el uso del trabajo extranjero forzado durante la Segunda Guerra Mundial.

Conclusión

Los movimientos y políticas migratorios contemporáneos con frecuencia se ven influidos profundamente por precedentes históricos. Este capítulo ha descrito el papel clave de la migración laboral en el colonialismo y la industrialización. La migración laboral siempre ha sido un factor de peso en la construcción del mercado mundial capitalista. En Estados Unidos, Canadá, Australia, Gran Bretaña, Alemania y Francia (al igual que en otros países que no se discuten aquí), los trabajadores migrantes han jugado un papel que varía en carácter, de acuerdo con las condiciones económicas, sociales y políticas. Pero en todos los casos la contribución de la migración a la industrialización y la construcción de la población fue importante, incluso en ocasiones decisiva.

¿En qué medida se aplica el modelo teórico del proceso migratorio sugerido en el capítulo 1 a los ejemplos históricos que se han dado? Los movimien-

RECUADRO 5
TRABAJO EXTRANJERO FORZADO
EN LA ECONOMÍA NAZI DE GUERRA

El régimen nazi reclutó enormes cantidades de trabajadores extranjeros –principalmente a la fuerza– para reemplazar a los 11 millones de trabajadores alemanes conscriptos para el servicio militar. La ocupación de Polonia, la reserva tradicional de mano de obra de Alemania, en parte fue motivada por la necesidad de trabajadores. En espacio de semanas después de la invasión, se establecieron oficinas de reclutamiento laboral; la policía y el ejército apresaron a miles de hombres y mujeres jóvenes (Dohse, 1981: 121). En todos los países invadidos por Alemania se dio el reclutamiento forzado, mientras que algún trabajo voluntario se obtuvo en Italia, Croacia, España y otros "países amigos o neutrales". Al final de la guerra, había unos 7.5 millones de trabajadores extranjeros en el *Reich*, de los cuales 1.8 millones eran prisioneros de guerra. Se calcula que en 1944 una cuarta parte de la producción industrial la realizaban trabajadores extranjeros (Pfahlmann, 1968: 232). La maquinaria de guerra nazi se habría derrumbado mucho antes de no haber sido por la mano de obra extranjera.

El principio básico para tratar a los trabajadores extranjeros, según fue declarado por Sauckel, el plenipotenciario del trabajo, era que "todos los hombres sean alimentados, hospedados y tratados de manera tal que se les explote al máximo posible con el grado mínimo concebible de gasto" (Homze, 1967: 113). Esto significaba albergar a los trabajadores en barracas bajo control militar, los salarios más bajos posibles (o ninguno en absoluto), apabullantes condiciones sociales e higiénicas y una completa privación de sus derechos civiles. Los polacos y los rusos eran obligados, al igual que los judíos, a portar bordados especiales que mostraran su origen. Muchos trabajadores extranjeros murieron por los malos tratos y los castigos crueles. Éstos eran sistemáticos; en un discurso a los patrones, Sauckel enfatizaba la necesidad de una disciplina estricta: "No me importan [los trabajadores extranjeros] lo más mínimo. Si cometen la menor de las ofensas, repórtenlos a la policía de inmediato, cuélguenlos, dispárenles. No me importa. Si son peligrosos, deben ser liquidados" (Dohse, 1981: 127).

Los nazis llevaron al extremo la explotación de los migrantes sin derechos, extremo que sólo puede compararse con la esclavitud, aun cuando su meollo legal –la marcada división entre el estatus del nacional y del extranjero– habría de encontrarse en sistemas de trabajo tanto previos como posteriores.

tos involuntarios de esclavos y trabajadores bajo contrato no encajan fácilmente en el modelo, ya que las intenciones de los participantes jugaban una pequeña parte. No obstante, se aplican algunos aspectos: el reclutamiento laboral como el ímpetu inicial, el predominio de hombres jóvenes en las primeras etapas, la formación de familias, el establecimiento a largo plazo y el surgimiento de

minorías étnicas. Las migraciones de trabajadores hacia Inglaterra, Alemania y Francia en los siglos XIX y XX se ajustan bien al modelo. Sus intenciones originales eran temporales pero llevaron a la reunificación familiar y al establecimiento. En cuanto a las migraciones hacia América y Australia en el siglo XIX y principios del XX, por lo general se cree que la mayoría de los migrantes llevaban la intención del establecimiento permanente. Pero muchos hombres y mujeres jóvenes se trasladaron con el objeto de trabajar por unos cuantos años y luego regresar a casa. Algunos regresaron, pero en el largo plazo la mayoría permaneció en el Nuevo Mundo, formando, con frecuencia, nuevas comunidades étnicas. Aquí también parece aplicarse el modelo.

Es claro que el estudio del trabajo migrante no es la única manera de ver la historia de la migración. Los movimientos que resultan de la persecución política y religiosa siempre han sido importantes; además, han jugado un papel importante en el desarrollo de países tan diversos como Estados Unidos y Alemania. A menudo es imposible establecer líneas claras entre los distintos tipos de migración. Los sistemas de migración laboral siempre han conducido a un cierto grado de establecimiento, al igual que los movimientos de colonos y refugiados siempre han estado vinculados con la economía política del desarrollo capitalista.

El periodo que se extendió más o menos entre 1850 y 1914 fue una era de migración masiva en Europa y América del norte. La industrialización fue causa tanto de la emigración, como de la inmigración (algunas veces en el mismo país, como muestra el caso de Gran Bretaña). Después de la guerra de 1914, la xenofobia y el estancamiento económico causaron una baja considerable en la migración; los movimientos a gran escala del periodo precedente parecían las consecuencias de una constelación única e irrepetible. Cuando se suscitó un crecimiento económico rápido y sostenido, después de la Segunda Guerra Mundial, la nueva era de la migración habría de tomar al mundo por sorpresa.

Lecturas recomendadas

Cohen (1987) ofrece una valiosa visión panorámica del trabajo migrante en la división internacional del trabajo, mientras que Potts (1990) presenta una historia de la migración que va desde la esclavitud y el trabajo contratado, hasta los modernos sistemas de trabajadores huéspedes. Blackburn (1988) y Fox-Genovese y Genovese (1983) analizan la esclavitud y su papel en el desarrollo capitalista. Archdeacon (1983) examina la inmigración en la historia de Estados Unidos, y muestra cómo oleadas sucesivas de recién llegados se han "convertido en americanos". Para los lectores en lengua alemana, Dohse (1981) proporciona un interesante análisis histórico del papel del Estado en el control de la mano de

obra migrante en Alemania. Cross (1983) narra en detalle el papel de los trabajadores migrantes en la industrialización francesa, De Lepervanche (1975) muestra cómo las divisiones jugaron un papel central en la formación de la clase trabajadora australiana, en tanto que Homze (1967) describe la explotación extrema de la fuerza de trabajo migrante practicada por la máquina de guerra nazi. Moch (1992) hace un buen trabajo sobre las primeras experiencias de migración europea, mientras que muchas contribuciones que se incluyen en Cohen (1995) versan sobre la historia de la migración.